





POR UNA AYUDA eficaz

Aumentar la ayuda no es más que el principio de un laberinto de decisiones complicadas

Peter S. Heller

LA AYUDA VUELVE a ser una prioridad mundial. Estrellas de rock, políticos y activistas han empujado a primer plano la lucha contra la pobreza. Los países ricos parecen afrontar cada vez más la pobreza endémica en muchos países en desarrollo mediante planes para elevar la ayuda, cancelar la deuda de países pobres y abrir los mercados a las naciones en desarrollo. Esto ha despertado nuevas esperanzas de que las diferencias enormes e imperdonables entre el nivel de vida de países pobres y ricos puedan reducirse, mejorando las perspectivas de futuro para millones de personas.

Si se materializa este aumento de la ayuda, los países donantes y receptores deberán garantizar la eficacia de la ayuda, desigual hasta ahora. Por eso, es fundamental evitar los errores pasados y anticiparse a los retos futuros. Los socios en el desarrollo deben responder a seis retos:

- Asegurar que el aumento de la ayuda fomenta el crecimiento y reduce la pobreza.
- Aumentar significativamente los servicios públicos y las inversiones en infraestructura, y administrar las decisiones de gasto cuando gran parte del financiamiento escapa al control del gobierno y es de duración incierta.
- Afrontar la posibilidad de que haya una apreciación de la moneda del país receptor, o mayor inflación, perjudicando la competitividad internacional del país.
- Asumir la mayor complejidad de la gestión de la política monetaria, fiscal y cambiaria cuando son inciertos la magnitud, el calendario o los posibles efectos económicos.
- Reconocer que una ayuda importante, incluso mediante préstamos concesionarios, podría provocar futuros problemas de endeudamiento.
- Controlar los posibles efectos adversos de una creciente dependencia de la ayuda.

Aquí analizamos por qué el aumento de la ayuda requerirá que las autoridades aborden estas cuestiones y esbozamos el papel de los socios en el desarrollo —donantes, países recep-

tores e instituciones financieras internacionales (IFI)— para superar estos retos. La conclusión fundamental es que la movilización de recursos de ayuda adicionales no es más que el primer paso (fundamental) hacia los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM).

Cómo conseguir resultados

Obviamente, la principal tarea es asegurar que el aumento de la ayuda fomente el crecimiento y reduzca la pobreza. Después de todo, los estudios empíricos respaldan tímida, y no unánimemente, la idea de que la ayuda favorece el crecimiento. Afortunadamente, un reciente estudio del Center for Global Development (CGD) (Clemens, 2004) se inclina por el sí. Dice que después de excluir los fondos destinados a fines políticos y humanitarios, se observa un efecto positivo neto en el caso de la ayuda destinada a objetivos económicos (véase “Ayuda y crecimiento” en la pág. 16). Pero según un trabajo reciente de Rajan y Subramanian (2005), no hay pruebas sólidas de que la ayuda afecte positiva o negativamente al crecimiento, independientemente del período, tipo de ayuda, tipo de donante o características de los países receptores. Esto podría deberse a que la ayuda da lugar a una apreciación real de la moneda del país receptor —el “mal holandés”—, perjudicando así su competitividad en el sector de bienes comerciados y debilitando su crecimiento.

El estudio del CGD, como la mayoría de los análisis sobre ayuda y crecimiento, concluye que la ayuda tiene rendimientos *decrecientes*. La máxima tasa de crecimiento se produce cuando la parte de la ayuda destinada directamente al crecimiento alcanza el 8% del PIB. Dado que esta partida representa cerca de la mitad de la ayuda, equivale al punto en que la ayuda total alcanza cerca del 17% del PIB (véase también Banco Mundial y FMI, 2005). Igualmente, análisis recientes del Banco Mundial sobre los efectos económicos del aumento de la ayuda destinada a Etiopía prestan muchísima atención al ritmo al que supuestamente se aumenta la ayuda. Estos resultados podrían reflejar restricciones de la capacidad de absorción que impedirían un

rápido aumento de los servicios públicos a medida que llega la ayuda. Puesto que la ayuda a varios países africanos ya supera el 10% del PIB, estos resultados subrayan la necesidad de que los socios en el desarrollo se esfuercen aún más en evaluar si un uso diferente de la ayuda podría resultar más productivo.

No hay que dar demasiada importancia a los errores de los programas de ayuda anteriores, debido a la complejidad de la relación ayuda-crecimiento. Incluso Rajan y Subramanian insisten en que sus resultados sugieren básicamente la necesidad de que en el *futuro* la ayuda se diseñe mejor, experimentando con otros modelos que permitan incrementarla. Algunos economistas, como Jeffrey Sachs, han afirmado que solo un aumento global pero bien focalizado de la ayuda permitirá a los países pobres romper el círculo vicioso de la pobreza. Además, cierta ayuda —la destinada a los afectados por VIH/SIDA, tuberculosis y malaria; a la inversión en educación y asistencia sanitaria infantiles; a transferencias netas dirigidas a la red de protección social para los pobres, o a inversiones en infraestructura— probablemente no favorezca el crecimiento a corto plazo. Solo con el tiempo podrán estas ayudas reforzar la capacidad de un país para crecer y aumentar su productividad de forma sostenida.

Gestión y prestación de servicios

Aunque una ola de ayuda podría facilitar una expansión sustancial de los servicios públicos básicos y estimular la inversión, también puede representar un gran reto para los ministerios sectoriales encargados de gestionar el aumento de la ayuda y prestar dichos servicios. La creciente dependencia de la ayuda —máxime por ciertas prioridades sectoriales de los donantes— también puede someter el presupuesto de un país a considerable volatilidad e incertidumbre, como han subrayado los ministros de Hacienda africanos en una reciente conferencia organizada por el FMI en Maputo, Mozambique (véanse las referencias). La ayuda procede de muchas fuentes: organismos de las Naciones Unidas y otras instituciones multilaterales, donantes bilaterales, iniciativas de financiación vertical y organizaciones no gubernamentales (ONG). Cada fuente se enfrenta a incertidumbres sobre la cuantía de la ayuda potencial; la duración del compromiso adquirido; los indicadores de rendimiento de la ayuda; el destino de la ayuda a proyectos o a programas de política económica (y en el segundo caso, si el apoyo presupuestario es sectorial o general); la condicionalidad de la ayuda; el desembolso real de la ayuda comprometida, y el calendario de desembolsos. La gestión de un presupuesto gubernamental que depende tanto de la ayuda externa plantea problemas.

Sostenibilidad presupuestaria global. La posibilidad de un aumento significativo de la ayuda obligará a los gobiernos receptores a plantearse qué peso tienen estas “incertidumbres sobre la ayuda” al decidir cuánto ampliarán los servicios. Los presupuestos deben estar pensados a mediano y largo plazo, siendo necesario plantearse una serie de preguntas. ¿Deberían ampliarse los servicios presumiendo que la ayuda adicional continuará, aun cuando pocos donantes pueden comprometerse más allá de unos pocos años? Los servicios financiados con ayuda, ¿provocarán una demanda adicional

de gastos en servicios y bienes para los que no hay donantes? En caso afirmativo, ¿cómo se financiará dicho gasto, dadas las restricciones presupuestarias? ¿Qué deberían hacer los gobiernos frente a la posibilidad de un déficit de ayuda externa en el futuro y en qué medida deberían sus presupuestos depender de fuentes externas? La mayoría de los gobiernos carece de capacidad para usar recursos tributarios propios (o recortes del gasto no prioritario) en sustitución de la ayuda, e inevitablemente hay límites macroeconómicos al grado de endeudamiento bancario interno que pueden asumir.

Sostenibilidad sectorial. Gran parte de la ayuda adicional no será en forma de apoyo presupuestario *general* (es decir, para el gasto que prefiera el gobierno). Además de ciertos proyectos concretos, la mayoría de los donantes todavía destina la ayuda a

La carga principal que conlleva el aumento de ayuda recae en los países receptores, que deben asumir su propia estrategia de desarrollo . . . y la nueva ayuda.

programas sectoriales o subsectoriales. Aunque el ministerio de Hacienda deberá evaluar la sostenibilidad *global* del presupuesto financiado con el aumento de una ayuda incierta, cada ministerio es responsable de la sostenibilidad de las partidas asignadas a su sector. El aumento de la ayuda podría tener un fuerte impacto en algunos sectores; en educación o sanidad, podría engrosar el presupuesto al doble o más. Durante el ejercicio 2005, la ayuda para afectados por VIH/SIDA podría elevar el gasto público sanitario en un 40%–50% en Etiopía, Guyana, Kenya y Zambia, y quizá más en Rwanda. Los ministerios también deben decidir cómo ampliar sus servicios. ¿Deberían contratar más funcionarios, o recurrir a contratos de corta duración o a terceros para minimizar los riesgos presupuestarios en caso de que la ayuda disminuya?

Gestión de las finanzas públicas. La eficacia de la ayuda para la mejora de la productividad, los ingresos y el bienestar social dependerá de cómo administren los gobiernos sus recursos. Un estudio del Banco Mundial y del FMI (2005) destaca los puntos débiles de los sistemas de gestión de las finanzas públicas en la elaboración de presupuestos, sistemas de clasificación, controles de autorizaciones de gasto, gestión de la Tesorería, informes presupuestarios, auditorías y capacidad reguladora (en el caso de entes semiautónomos y fondos extrapresupuestarios). Irónicamente, el aumento de la ayuda podría exacerbar estos puntos débiles, intensificando la necesidad de reforzar las competencias de los gestores presupuestarios, independientemente de si los servicios los presta directamente el gobierno o se externalizan al sector privado. Los gestores presupuestarios deberán elaborar y ejecutar los presupuestos teniendo en cuenta la caducidad de la ayuda comprometida y ser capaces de salvar las diferencias entre la suma comprometida y el desembolso de la misma.



Retos organizativos. Las organizaciones que funcionan bien a cierta escala pueden encontrar problemas si aumentan mucho de tamaño. No hay razón para suponer que los ministerios, limitados de entrada por las rígidas normas de la función pública y la pesada burocracia presupuestaria estatal, tendrán menos dificultades durante la transición hacia la ampliación de servicios. Un aumento fuerte de la ayuda podría suponer un reto parecido para estos organismos.

Estrategia de salida presupuestaria. Puede parecer prudente en exceso plantearse cuál debe ser la estrategia a largo plazo para que distintos sectores —y el gobierno en general— dejen de depender de la ayuda. Pero si los donantes aumentan significativamente la ayuda, los países receptores deberán, como mínimo, considerar alternativas para *reducir gradualmente* su dependencia de la ayuda externa y utilizar recursos propios. Ante la presión que el envejecimiento de la población supondrá para las finanzas públicas de los países donantes, el plazo de las ayudas generosas podría ser limitado.

Aferrarse a la competitividad

Uno de los principales problemas que afecta a los gobiernos frente a una ola de ayuda son los posibles efectos del mal holandés. La entrada de moneda extranjera debería impulsar la demanda de bienes tanto comerciables (fáciles de exportar o importar, como automóviles) como no comerciables (no tan fáciles de exportar o importar, como viviendas) y quizá del dinero como tal. La mayor demanda de bienes comerciables podría satisfacerse aumentando las importaciones. Pero la mayor demanda de bienes no comerciables podría encontrar obstáculos en el proceso de producción y presiones por aumentos salariales, lo que elevaría el precio de estos bienes en relación con los bienes comerciables, empujando al alza el tipo de cambio real. Y las autoridades temen que el aumento del tipo de cambio real de la moneda perjudique la competitividad internacional del sector de bienes comerciables del país, reduciendo los posibles beneficios del comercio internacional y la capacidad del país para atraer inversión, crecer y así dejar atrás la pobreza y la dependencia de la ayuda.

Si la apreciación de la moneda es probable, se plantean tres preguntas. ¿Puede la ayuda estimular la productividad del sector de bienes no comerciables, hasta el punto de *compensar con creces* el efecto de la apreciación cambiaria? ¿Pueden moderarse los efectos sobre el tipo de cambio real mediante medidas concretas, tanto macroeconómicas como microeconómicas, para reducir un posible impacto negativo y maximizar las ventajas de una mayor dependencia de la ayuda? (Véase el recuadro.) Y por último, si hay un impacto negativo pese a las políticas gubernamentales, ¿puede usarse la ayuda de forma que su efecto *neto* sea positivo, tanto en el crecimiento como en la reducción de la pobreza?

Puede ser razonable para un país de bajo ingreso aprovechar las transferencias de recursos y aceptar cierta pérdida de competitividad. Si la ayuda externa favorece la consecución de los ODM y hace frente a los principales obstáculos infraestructurales y de recursos humanos, no solo podrían aumentar los niveles actuales de bienestar social sino también crearse un entorno económico futuro propicio para la productividad y la

competitividad. Para eso quizá sea necesario aceptar durante años la vulnerabilidad que supone la dependencia de una fuerte ayuda. Obviamente, la ayuda podría ser *ineficaz* si el país intenta aferrarse a su competitividad demasiado tiempo.

Pero aún queda el riesgo de que la ayuda *no* siga llegando durante el tiempo previsto. Entretanto, la competitividad del sector de bienes comerciables podría haberse debilitado, aumentando la vulnerabilidad del país a la volatilidad de la ayuda. Al carecer de garantías sólidas, podría haber motivos para limitar el grado de dependencia de la ayuda, pero el nivel óptimo dependerá de la medida en que el país pueda enfrentar y resolver los problemas de política. En caso de que se produzca el mal holandés, que los gobiernos se planteen si la evolución del tipo de cambio real a largo plazo es la deseada (como consecuencia de un aumento o una reducción de la ayuda).

Las respuestas a estas preguntas diferirán según el país y dependerán de la estructura de producción en cada momento y del modo en que vaya a utilizarse la ayuda. Dado que la mayoría de los países de bajo ingreso recién ahora está empezando a beneficiarse de un aumento significativo de la ayuda, el mal holandés es un futuro incierto. Pero esto significa que es necesario prestar atención *ahora*, antes del aumento de la ayuda, a las inversiones que permitan superar los posibles obstáculos a la expansión de la productividad del sector de bienes no comerciados, anticipándose en la práctica a los factores que pueden generar una apreciación real de la moneda.

Afrontar el mal holandés

Si el tipo de cambio real se ve afectado por el mal holandés, ¿qué pueden hacer las autoridades económicas? El banco central puede intentar, al menos a corto plazo, limitar la apreciación del tipo de cambio real acumulando reservas en moneda extranjera, mediante una política de intervención y esterilización (comprando moneda extranjera en el mercado local y recurriendo a operaciones de mercado abierto para absorber el exceso de liquidez en el mercado de dinero) o restricciones de la política fiscal (frenando el crédito interno neto al gobierno, mediante la limitación de créditos o de la extracción de depósitos gubernamentales). Estas estrategias suavizan la presión sobre el tipo de cambio nominal y la tasa de inflación interna, pero pueden provocar una subida de las tasas de interés internas, encareciendo el servicio de la deuda para el gobierno y desplazando a los prestatarios privados.

El impacto del mal holandés puede reducirse si la transferencia de recursos contribuye a eliminar obstáculos al aumento de productividad y la capacidad de producción del sector de bienes no comerciables. La expansión de la oferta de bienes no comerciables aliviaría la presión alcista de los precios relativos. En principio, el aumento de la oferta de bienes no comerciables podría requerir una mayor inversión en carreteras, puertos, telecomunicaciones, transmisión de energía y formación de trabajadores calificados.

Para mayor información sobre el mal holandés, véase la sección "Vuelta a lo esencial" en la edición de marzo de 2003 de F&D.

Gestión de las políticas macroeconómicas

Los responsables de las políticas macroeconómicas (monetaria, fiscal y cambiaria) enfrentan mucha incertidumbre para alcanzar los principales objetivos de crecimiento, inflación y tipo de cambio real. La volatilidad de las remesas, los términos de intercambio, las transferencias de capital y la inversión extranjera directa se suma a las incertidumbres habituales de la demanda básica de dinero y moneda extranjera y a aquellas derivadas de la dependencia de la ayuda.

Debido a los posibles efectos de la ayuda sobre la oferta monetaria y el mercado de divisas, es más complicado para los bancos centrales mantener una política monetaria adecuada, recurriendo a operaciones de mercado abierto, encajes legales y gestión de las reservas en moneda extranjera. Por ejemplo, algunos países de bajo ingreso han intentado intervenir en los mercados de divisas para limitar o anular los efectos de la ayuda en el tipo de cambio nominal, así como para esterilizar el posible efecto monetario de la intervención. A menudo, los bancos centrales compran excedentes de moneda extranjera para impedir una apreciación de la moneda nacional, procediendo entonces a vender bonos públicos o del banco central para absorber el exceso de liquidez resultante de dichas compras. Normalmente, estas ventas de bonos provocan una subida de las tasas de interés en el mercado financiero nacional. Por consiguiente, los prestatarios del sector privado se ven desplazados, el servicio de la deuda nacional se encarece para el gobierno y el banco central registra pérdidas cuasifiscales (al mantener en cartera activos en moneda extranjera que devengan tasas de interés bajas, en lugar de bonos públicos más rentables). Por ello, el ritmo al que puede recibirse la ayuda debe tener en cuenta los efectos monetarios de la ayuda y sus consecuencias para otros agentes de la economía.

La política fiscal también se vuelve más difícil. Los gobiernos podrían enfrentarse a intensas presiones para responder a los déficit de ayuda con recursos propios, lo que quizá solo sea posible utilizando los depósitos del gobierno o créditos del banco central. Por ello, cuando el compromiso de aportar ayuda es temporal, los gobiernos deben asegurarse de que los programas sean suficientemente flexibles e invulnerables a la volatilidad de la ayuda o la reducción de los desembolsos.

También será necesario coordinar mejor la política fiscal, monetaria y cambiaria para administrar la ayuda. Demasiado a menudo la política fiscal está determinada por el deseo de gastar la ayuda, mientras que las políticas monetaria y cambiaria responden a la preocupación por el tipo de cambio real. El resultado es que la ayuda se utiliza para engrosar las reservas, y la expansión fiscal vinculada a la ayuda termina financiándose internamente. Así, los efectos beneficiosos de la ayuda se diluyen en medio del alza de la inflación o de las tasas de interés.

Aceptar la dependencia

El aumento de la ayuda acentuará marcadamente la dependencia de los países receptores. Consideremos el caso de un país que moviliza el 15% de su PIB en ingresos nacionales y recibe ayuda equivalente al 20%–25% del PIB. En este caso, casi *dos tercios* del gasto presupuestario depende de fuentes externas. Puede que esto no sea poco común. Una hipótesis

reciente barajada por el FMI y el Banco Mundial sobre la duplicación de la ayuda a Etiopía sugiere que la situación fiscal en 2015 reflejaría exactamente este nivel de dependencia (véase “Etiopía: Más ayuda” en la pág. 32).

La dependencia de la ayuda puede crear más problemas. Lewis (2005), en un reciente artículo sobre programas relacionados con el VIH/SIDA, señala los problemas obvios: menor incentivo de los países receptores para movilizar recursos propios; posibilidad de que los agentes económicos (el gobierno u las ONG) adapten sus prioridades a los temas que parecen interesar a los donantes; menos presión para que los gobiernos solucionen la ineficiencia en la prestación de servicios públicos; resistencia de los gobiernos a que el sector privado tenga un papel más importante en la prestación de servicios; y posible aumento de la corrupción y la búsqueda de rentas económicas. Finalmente, los países que son muy dependientes de la ayuda renuncian en gran medida a su autonomía al decidir las prioridades presupuestarias.

¿Cómo pueden responder los socios mundiales?

Indudablemente, los socios en el desarrollo pueden aprovechar bien los recursos de ayuda adicionales, si colaboran; pero todas las partes tendrán que ponerse a la altura del reto.

Países receptores. Inevitablemente, la carga principal que conlleva el aumento de ayuda recae en los países receptores, que deben asumir su propia estrategia de desarrollo y administrar bien los recursos obtenidos de sus propios esfuerzos y la nueva ayuda. El punto de partida son los documentos de estrategia de lucha contra la pobreza (DELP). La mayoría de los DELP plantea un horizonte a mediano plazo y contiene estrategias basadas en recursos disponibles de acuerdo con previsiones prudentes. Pero ante la perspectiva de más ayuda, cabe plantearse cuestiones estratégicas a más largo plazo. ¿Cómo mejorar la prestación de servicios realizando y manteniendo más inversiones en infraestructura de forma sostenible, de modo que terminen financiadas con recursos propios en lugar de ayuda? ¿Qué políticas macroeconómicas asegurarán que los productores de un país puedan competir en una economía de mercado globalizada?

El orden de las reformas es decisivo. Es preciso despejar algunos obstáculos iniciales de capital humano e infraestructura para minimizar los efectos adversos del aumento de la ayuda. Ya se han mencionado los retos de la gestión de la política macroeconómica y los programas sectoriales, que exigen mayor claridad sobre qué constituye una situación fiscal global sostenible y una política presupuestaria sostenible en distintos sectores. Los países receptores también deberían intentar minimizar el riesgo innovando en la producción de bienes o la prestación de servicios estatales. Evitar la dependencia de la ayuda requerirá mejor gobernabilidad, con políticas que compensen las presiones previsibles sobre la economía política, así como la posible corrupción. Los encargados de la evaluación independiente de proyectos o sectores pueden dar la voz de alarma ante políticas discutibles. Las competencias de auditoría del gobierno pueden reforzarse y el aumento de la transparencia puede facilitarle a la sociedad civil el escrutinio del gasto público. Quizá haya que plantearse hasta cuándo conviene retrasar el uso de la ayuda, mediante la



acumulación prudente de reservas o la creación de fondos fiduciarios administrados por los donantes que preparen el camino para un escalonamiento más gradual de la ayuda externa.

Donantes. Para los donantes, acumular más recursos es solo el principio. Ya reconocen la necesidad de armonizar los procesos de ayuda y alinear mejor las prioridades en el marco de los DELP. ¡El *logro* de esas reformas es una cuestión vital! Pero para ayudar a los receptores a aprovechar bien los recursos, es preciso superar otros retos, como por ejemplo:

- La capacidad de prever los flujos de ayuda, no solo para identificar las sumas comprometidas y desembolsadas sino para *garantizar la disponibilidad a largo plazo de la ayuda comprometida*.
- El suministro de mucha más ayuda en forma de donaciones o préstamos sumamente concesionarios.
- La ampliación de la ayuda para fines de apoyo presupuestario sin condicionalidad, al menos de índole sectorial.
- La disminución de la volatilidad de la ayuda evitando que los donantes adopten una actitud de “todo o nada”; los criterios basados en los resultados deberían centrarse en corregir las deficiencias de uso de la ayuda.
- Mayor énfasis en la asistencia técnica y el fortalecimiento de las capacidades para reforzar la aplicación de políticas, sobre todo en la gestión macroeconómica y de las finanzas públicas.

¿Cómo prever mejor el financiamiento? La Facilidad Financiera Internacional propuesta por el Reino Unido pretende servir a más largo plazo de base para el financiamiento durante la próxima década, al igual que las iniciativas sobre instrumentos de tributación mundial. El Banco Mundial, la Unión Europea y Estados Unidos están analizando cómo pronosticar mejor el financiamiento y garantizar un buen aprovechamiento de la ayuda (véase “Menos volatilidad de la ayuda” en la pág. 24).

Los países donantes deberían considerar la concesión de ayuda a bienes públicos mundiales y a la adopción de políticas que beneficien a los países de bajo ingreso al margen de los habituales canales de ayuda (por ejemplo, reduciendo las barreras al comercio internacional). La investigación y el desarrollo pueden facilitar el suministro de tecnologías que favorezcan la productividad de los productores en países de bajo ingreso y abaraten numerosos bienes y servicios básicos.

Instituciones financieras internacionales. La reciente iniciativa de alivio de la deuda lanzada por el Grupo de los Ocho indudablemente reabrirá el debate sobre el papel de las IFI en la canalización de recursos financieros adicionales a países de bajo ingreso: el equilibrio entre donaciones y créditos del Banco Mundial y de bancos regionales para el desarrollo, y el carácter del respaldo financiero del FMI. Las IFI serán más necesarias que nunca para asesorar y ayudar a los países receptores a enfrentarse a los crecientes desafíos. El Banco Mundial y otros organismos pueden proporcionar directrices sobre la estrategia de desarrollo global y los marcos propicios para las políticas sectoriales. El FMI puede ayudar a los países a formular y gestionar un marco de política externa a largo plazo, calibrar la política fiscal y monetaria, y elaborar una estrategia apropiada de reservas en moneda extranjera. También puede ayudar a los gobiernos a garantizar la coherencia y sostenibilidad de la política fiscal y los criterios de gasto presupuestario, sobre todo cuando existe una fuerte dependencia de la ayuda para financiar los programas de gastos ordinarios.

Queda mucho por hacer

Todos los socios en el desarrollo tienen mucho que hacer para aprovechar las posibilidades que ofrece el aumento de la asistencia y ayudar a los países de bajo ingreso a alcanzar un crecimiento rápido y autosostenible. El aumento de la ayuda es, a la vez, un reto y una oportunidad. Al anticipar los retos que plantea el aumento de la ayuda, los socios en el desarrollo pueden contribuir a garantizar el éxito final. Lo más importante es que los donantes faciliten la tarea de los receptores mejorando significativamente la previsibilidad y duración de los compromisos de ayuda a largo plazo; que los donantes colaboren con los receptores estableciendo cuidadosamente estrategias y plazos para el uso de la ayuda, y que los países receptores refuercen la gestión macroeconómica y presupuestaria. ■

Peter Heller es Subdirector del Departamento de Finanzas Públicas del FMI. Este artículo está basado en un estudio reciente titulado “Pity the Finance Minister: Issues in Managing a Substantial Scaling Up of Aid Flows”.

Referencias:

Banco Mundial y FMI, 2005, Global Monitoring Report 2005—MDGs: From Consensus to Momentum (Washington).

Clemens, Michael, Steven Radelet y Rikhil Bhavnani, 2004, “Counting Chickens When They Hatch: The Short-Term Effect of Aid on Growth”, Center for Global Development Working Paper 44 (Washington).

Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, 2005, Update on the Assessments and Implementation of Action Plans to Strengthen Capacity of HIPC’s to Track Poverty-Reducing Public Spending (Washington).

Heller, Peter, 2005, “Understanding Fiscal Space”, Policy Development Paper 05/4, (Washington: Fondo Monetario Internacional). <http://www.imf.org/external/pubs/ft/pdp/2005/pdp04.pdf>.

Lewis, Maureen, 2005, “Addressing the Challenge of HIV/AIDS: Macroeconomic, Fiscal, and Institutional Issues”, Center for Global Development Working Paper 58 (Washington).

Rajan, Raghuram, y Arvind Subramanian, 2005, “Aid and Growth: What Does the Cross-Country Evidence Really Show?”, IMF Working Paper 05/127 (Washington: Fondo Monetario Internacional).

En el seminario de alto nivel celebrado los días 14 y 15 de marzo de 2005 en Maputo, Mozambique, se abordó la necesidad de potenciar la absorción eficaz de la ayuda y de evitar los riesgos macroeconómicos. El seminario reunió a altos funcionarios de distintos países africanos, representantes del FMI y del Banco Mundial, los principales socios en el desarrollo y expertos. Varias de las ponencias pueden consultarse en www.imf.org/famm. La documentación del seminario se publicará próximamente.